Cristo murió por nuestros pecados

El capítulo 15 de la primera Carta a los Corintios se abre con la invitación de Pablo a perseverar fieles al Evangelio que les ha entregado:

1 *Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué… Si no, ¡habríais creído en vano!*

Luego, el Apóstol resume en pocas líneas lo esencial de la Buena Nueva:

3 *Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí:*
que Cristo murió por nuestros pecados,
según las Escrituras;
que fue sepultado y
que resucitó al tercer día,
según las Escrituras.

A continuación relata varias apariciones del Resucitado, comenzando por los testigos oficiales:

5 *Que se apareció a Cefas y luego a los Doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago. Más tarde a todos los apóstoles y, en último término, se me apareció también a mí, como a un abortivo. Pues yo soy el último de los apóstoles, indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí; antes bien, he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo. Pues bien, tanto ellos como yo esto es lo que predicamos, esto es lo que habéis creído.*

Llama la atención que el Apóstol dedica más espacio a las apariciones que a lo que constituye el núcleo del cristianismo. La razón es que Pablo quiere dejar claro que la fe cristiana tiene su fundamento en la resurrección de Cristo. Llega a decir:

[14] *Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe.*
[17] *Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados.*

Y concluye: *¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres!*

¿Por qué? ¿Por qué si Cristo no ha resucitado el cristianismo es pura vanidad?

Hay varias respuestas. Aquí vamos a seguir la línea que nos sugiere el mismo Pablo cuando dice: *Aún estáis en vuestros pecados* (17).

En la síntesis de la *Traditio* cristiana –lo que una generación recibe, vive y entrega (*tradere*) a la siguiente– hemos leído: *Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras*.

Según las Escrituras significa según el Designio salvador de Dios; significa que responde a la voluntad de Dios que su Hijo se haga hombre y entregue su vida por nosotros. Éste es el sentido que Jesús, en la Última Cena, dio a su muerte: *Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi Sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados»* (Mt 26,27s).

La Cruz es la ofrenda que, en el Espíritu Santo, Jesucristo hace al Padre por nuestros pecados. Es un Sacrificio en el que Cristo es el Sacerdote y la Víctima (la Carta a los Hebreos

desarrolla este tema admirablemente). Pero, ¿es verdaderamente un sacrificio? Para que una ofrenda a Dios sea un sacrificio (*sacrum facere*, acción sagrada) no basta la intención del hombre que la ofrece, aunque esté dispuesto a dar su vida. Jesús pudo ser un ingenuo, un inocente víctima de la lógica del poder (como tantos millones a lo largo de la historia), o un fanático en la línea de los terroristas suicidas. Para que lo ofrenda que Jesús hace de su vida en la Cruz sea eficaz tiene que ser aceptada por el Padre. La Resurrección es la manifestación definitiva de esa aceptación.

La Resurrección nos dice: efectivamente, la muerte de Cristo responde al Designio de Dios; ha sido aceptada por el Padre que, en la ofrenda de su Hijo encarnado, nos reconcilia con Él como hijos adoptivos. Es lo que Jesucristo le pide a su Padre en la oración en el Cenáculo, a punto ya de comenzar la Pasión: *Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame Tú, junto a Ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese* (Jn 17,4s).

La Resurrección es el testimonio que Dios da del sentido de la vida y de la muerte de su Hijo Jesús. Por eso es la verdad que llena de contenido nuestra fe. Ser cristiano es dar testimonio con la vida de que Cristo ha resucitado.